

EL OPIO DE LOS INTELLECTUALES

RAYMOND ARON

EL OPIO DE
LOS INTELLECTUALES

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *L'opium des intellectuels*

© Calmann-Lévy, 1955

© de la traducción, Luis González Castro

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.

Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona

www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: junio de 2018

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-948167-2-7

Depósito legal: C-617-2018

La religión es el suspiro de la criatura abrumada por la desdicha, el alma de un mundo sin corazón, así como el espíritu de una época sin espíritu. Es el opio del pueblo.

KARL MARX

El marxismo es toda una religión, en el más impuro sentido de la palabra. Tiene en común con todas las formas inferiores de la vida religiosa el hecho de haber sido continuamente utilizado, según la expresión exacta de Marx, como un opio del pueblo.

SIMONE WEIL

ÍNDICE

PREFACIO	13
PRIMERA PARTE. MITOS POLÍTICOS	17
1. El mito de la izquierda	19
1. Mito retrospectivo	20
2. La disociación de los valores	28
3. Dialéctica de los regímenes	37
4. Pensamiento y realidad	46
2. El mito de la Revolución	61
1. Revolución y revoluciones	62
2. El prestigio de la Revolución	71
3. Rebeldía y Revolución	82
4. ¿Es revolucionaria la situación francesa?	92
3. El mito del proletariado	103
1. Definición del proletariado	104
2. Liberación ideal y liberación real	111
3. Seducción de la liberación ideal	119

4. Prosaísmo de la liberación real	128
Sobre el optimismo político	139
SEGUNDA PARTE. IDOLATRÍA DE LA HISTORIA	149
4. Hombres de Iglesia y hombres de fe	151
1. La infalibilidad del partido	153
2. El idealismo revolucionario	162
3. Juicios y confesiones	171
4. Sobre una supuesta justicia revolucionaria	180
5. El sentido de la historia	191
1. Pluralidad de las significaciones	192
2. Sobre las unidades históricas	201
3. Sobre el fin de la historia	210
4. Historia y fanatismo	217
6. La ilusión de la necesidad	227
1. Determinismo aleatorio	228
2. Previsiones teóricas	236
3. Previsiones históricas	248
4. Sobre la dialéctica	255
Sobre el dominio de la historia	267
TERCERA PARTE. LA ALIENACIÓN DE LOS INTELLECTUALES	279
7. Los intelectuales y su patria	281
1. Sobre la <i>intelligentsia</i>	284

2. La <i>intelligentsia</i> y la política	294
3. El paraíso de los intelectuales	302
4. El infierno de los intelectuales	315
8. Los intelectuales y sus ideologías	325
1. Los hechos principales	326
2. Los debates nacionales	330
3. Los intelectuales japoneses y el modelo francés	341
4. La India y la influencia británica	350
9. Los intelectuales en busca de una religión	363
1. Opinión económica o religión secular	364
2. Militantes y simpatizantes	370
3. De la religión civil al estalinismo	379
4. Clericalismo secular	389
Destino de los intelectuales	403
CONCLUSIÓN. ¿FIN DE LA EDAD IDEOLÓGICA?	415

PREFACIO

En el curso de los últimos años, he tenido oportunidad de escribir varios artículos que se refieren no tanto a los comunistas como a los simpatizantes del comunismo, aquellos que no se adhieren al partido pero orientan sus simpatías hacia el universo soviético. Decidí reunir esos artículos en una obra, y comencé a escribir una introducción para la misma, pero finalmente la recopilación apareció con el título de *Polémicas*¹ y la introducción se ha convertido en este libro.

Al tratar de explicar la actitud de los intelectuales, despiadados con las debilidades de las democracias, indulgentes con los mayores crímenes, siempre y cuando estos se cometan en nombre de las doctrinas correctas, me encontré en primer lugar con las palabras sagradas: *izquierda, Revolución, proletariado*. La crítica de estos mitos me llevó a reflexionar sobre el culto de la Historia y, posteriormente, a interrogarme sobre una categoría social a la que los sociólogos no han prestado aún la atención que merece: la *intelligentsia*.

1. Gallimard, 1955, col. «Les Essais».

Así pues, este libro aborda a un mismo tiempo el estado actual de las ideologías llamadas de izquierda y la situación de la *intelligentsia*, en Francia y en el mundo. Intenta responder a algunas preguntas que otros antes que yo han debido de plantearse: ¿por qué el marxismo vuelve a estar de moda en una Francia cuya evolución económica ha desmentido las predicciones marxistas? ¿Por qué las ideologías del proletariado y del partido tienen mayor éxito cuanto menos numerosa es la clase obrera? ¿Qué circunstancias determinan, en los distintos países, las formas de hablar, de pensar y de actuar de los intelectuales?

A principios de 1955, las controversias sobre la derecha y la izquierda, sobre la derecha tradicional y la nueva izquierda, han vuelto a ponerse de moda. Aquí y allá se preguntan si a mí se me debe situar en la antigua o en la moderna derecha. Pues bien, rechazo tales categorías. En la Asamblea, los frentes se delimitan de diferente manera según los problemas discutidos. En algunos casos, distinguimos en última instancia una derecha y una izquierda: los partidarios de llegar a un acuerdo con los nacionalismos de Túnez o Marruecos representan, si así se quiere, la izquierda, mientras que los partidarios de la represión o del *statu quo* representan la derecha. Ahora bien, ¿los defensores de la soberanía nacional absoluta son izquierdistas?, ¿los partidarios de Europa, que aceptan las organizaciones supranacionales, son derechistas? Uno podría, con la misma razón, invertir los términos.

«El espíritu de Múnich»,² la actitud apaciguadora ante la Unión Soviética, se encuentra entre los socialistas, nos-

2. En referencia a la política de apaciguamiento. Los acuerdos de Múnich fueron firmados en septiembre de 1938 por los jefes de gobierno del Reino Unido, Francia, Italia y Alemania. Sin la presencia

tálgicos de la fraternidad marxista, y entre los nacionalistas, obsesionados con «el peligro alemán» o inconsolables ante la grandeza perdida. La unión de gaullistas y socialistas se opera en torno a un eslogan: la independencia nacional. Pero ¿deriva este eslogan del nacionalismo integral de Maurras o del patriotismo jacobino?

La modernización de Francia y la expansión de la economía son tareas que se imponen a toda la nación, y las reformas que deben llevarse a cabo tropiezan con obstáculos que no solo provienen de los trusts o de los electores moderados — quienes se aferran a formas de vida o modos de producción anacrónicos no son solo los «grandes»; con frecuencia, se trata de votantes de la izquierda—. Además, los métodos que deben emplearse no son patrimonio exclusivo de un bloque o una ideología concretos.

Por lo que a mí respecta, keynesiano con ciertas inclinaciones al liberalismo, favorable a un acuerdo con los nacionalismos tunecino y marroquí, convencido de que la solidez de la Alianza Atlántica es la mejor garantía de la paz, se me clasificará unas veces en la izquierda y otras en la derecha, según se trate de política económica, de África del Norte o de las relaciones Este-Oeste.

Solo el abandono de estos conceptos equívocos aportará alguna claridad a la confusión que caracteriza las querellas francesas. Si observamos la realidad, si nos proponemos objetivos concretos, comprobaremos lo absurdo de estas amalgamas político-ideológicas con las que juegan los revolucionarios de gran corazón y cabeza ligera, así como los periodistas ávidos de éxito.

de representantes checos, se acordó la incorporación a Alemania del territorio de los Sudetes (perteneciente a Checoslovaquia). (*N. del T.*)

Más allá de las controversias circunstanciales, de las coaliciones cambiantes, tal vez se puedan discernir familias espirituales. Cada uno tiene conciencia de sus afinidades electivas, cualesquiera que estas sean... pero, al concluir este libro consagrado a la familia de la que provengo, me inclino por la ruptura de todos los lazos, y no para complacerme en la soledad, sino para elegir a mis compañeros entre aquellos que saben combatir sin odio y se niegan a ver en las luchas de la plaza pública el secreto del destino humano.

Saint-Sigismond, julio de 1954

París, enero de 1955

**PRIMERA PARTE
MITOS POLÍTICOS**

I
EL MITO DE LA IZQUIERDA

¿Sigue teniendo sentido la disyuntiva izquierda-derecha? Quienquiera que plantee la cuestión se convierte de inmediato en sospechoso. ¿Acaso no ha escrito Alain lo siguiente: «Cuando me preguntan si aún tiene sentido la separación entre partidos de derecha y de izquierda, entre hombres de derecha y hombres de izquierda, lo primero que pienso es que quien me plantea tal cuestión no es desde luego un hombre de izquierdas»? Pero esta amenaza de destierro no nos detendrá, pues revela la adhesión a un prejuicio más que una convicción fundada en la razón.

La izquierda, según Littré, es «el partido de la oposición en la Cámara francesa, el partido que se sienta a la izquierda del presidente». Pero el término *izquierda* no equivale a oposición. Los partidos se alternan en el poder: el partido de izquierdas sigue siéndolo aunque forme gobierno.

Al insistir en el alcance de ambos términos, derecha e izquierda, no nos limitamos a señalar que en la mecánica de las fuerzas políticas tienden a formarse dos bloques, separados por un centro que es atacado sin cesar. Se sugiere asimismo la existencia bien de dos tipos de hombres, con actitudes fundamentalmente contrarias, o bien de dos tipos

de concepciones, cuyo diálogo proseguiría —semejante a sí mismo— a través de los cambios de vocabulario y de instituciones; se sugiere, en fin, la existencia de dos bandos, cuya lucha llenaría la crónica de los siglos. Pero ¿existen realmente estas dos clases de hombres, de filosofía, de partidos, fuera de la imaginación de los historiadores, engañados por la experiencia del caso Dreyfus y por una interpretación discutible de la sociología electoral?

Entre los diversos grupos que se consideran a sí mismos de izquierdas nunca ha habido una unidad profunda. Además, las consignas y los programas cambian de una generación a otra: ¿la izquierda que ayer se batía por un régimen constitucional tiene algo en común con la que se afirma hoy en los regímenes de democracia popular?

I. MITO RETROSPECTIVO

Francia pasa por ser la patria del antagonismo entre la derecha y la izquierda. Antes de la Segunda Guerra Mundial, estos dos términos apenas figuraban en el lenguaje político de Gran Bretaña, mientras que en Francia hacía ya tiempo que habían adquirido derecho de ciudadanía. El prestigio de la izquierda es tan superior que los partidos moderados o conservadores se las ingenian para adoptar ciertos calificativos que provienen del vocabulario de sus adversarios. Así, se rivaliza en convicciones republicanas, democráticas, socialistas, etc.

Según la opinión común, en Francia existen dos circunstancias que confieren excepcional gravedad a este antagonismo. La concepción del mundo a la que se adherían los partidarios del Antiguo Régimen se inspiraba en la enseñanza católica. El nuevo espíritu, que preparó la explo-

sión revolucionaria, inculpaba al principio de autoridad, que parecía ser tanto el de la Iglesia como el de la monarquía. El partido del movimiento, a finales del siglo XVIII y en el curso de la mayor parte del siglo XIX, luchaba a la vez contra el trono y el altar, se inclinaba hacia el anticlericalismo porque la jerarquía eclesiástica favorecía o parecía favorecer al partido de la resistencia. En Inglaterra, donde la libertad religiosa fue motivo y objetivo aparente de la Revolución Gloriosa del siglo XVII, los partidos avanzados conservan la marca de los independientes, de los inconformistas, de los radicales, de las sectas cristianas antes que del racionalismo ateo.

El paso del Antiguo Régimen a la sociedad moderna se produjo en Francia con una rapidez y una brutalidad únicas. Al otro lado del canal de la Mancha, el régimen constitucional se instauró de forma progresiva; las instituciones representativas surgieron del Parlamento, cuyos orígenes se remontan a las costumbres medievales. En los siglos XVIII y XIX, la legitimidad democrática sustituyó a la legitimidad monárquica sin eliminarla por completo; la igualdad de los ciudadanos borró lentamente la distinción entre los diversos estatus. Las ideas que la Revolución francesa lanzó de forma tempestuosa a través de Europa —soberanía del pueblo, ejercicio de la autoridad conforme a las leyes, elección de una asamblea soberana, supresión de las mencionadas diferencias de estatus— fueron realizadas en Inglaterra incluso antes que en Francia, sin que el pueblo, en un estallido prometeico, se sacudiera sus cadenas. La «democratización» fue allí una obra común de los partidos rivales.

Grandiosa u horrible, la catástrofe o epopeya revolucionaria parte en dos la historia de Francia. Parece levantar y oponer a dos Francias: una que no se resigna a desapa-

recer y otra que no se cansa de prolongar su cruzada contra el pasado. Cada una de ellas pasa por ser la encarnación de un tipo humano casi eterno. De un lado se invoca la familia, la autoridad, la religión; del otro, la igualdad, la razón, la libertad. Aquí se respeta el orden, lentamente elaborado por los siglos; allí se profesa la fe en la capacidad del hombre para reconstruir la sociedad según los datos facilitados por la ciencia. La derecha, partido de la tradición y los privilegios, contra la izquierda, partido del porvenir y la inteligencia.

Esta interpretación clásica no es falsa, pero representa exactamente la mitad de la verdad. En todos los niveles existen los dos tipos de hombres (aun cuando no todos los franceses pertenezcan a un tipo u otro): Homais contra el cura,¹ Alain y Jaurès contra Taine y Maurras, Clemenceau contra Foch. En ciertas circunstancias, cuando los conflictos revisten un carácter sobre todo ideológico, ya sea a propósito de las leyes de enseñanza, del caso Dreyfus o de la separación de la Iglesia y el Estado, tienden a formarse dos bloques, cada uno de los cuales invoca una ortodoxia. Pero ¿cómo no se ha subrayado, con igual fuerza, que la teoría de los dos bloques es esencialmente retrospectiva y que tiene por función disimular las querellas inexpiables que desgarran a cada uno de esos supuestos bloques? La incapacidad que, alternativamente, muestran tanto *las* derechas como *las* izquierdas para gobernar juntas es la característica fundamental de la historia política de Francia desde 1789. La mitología de *la* izquierda actúa como compensación ficticia de los fracasos sucesivos de 1789 y 1848.

1. Personajes de la novela *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. (N. del T.)